

LA CATEQUESIS COMO RELATO

Por André Fossion¹

Sin pretensión de concluir ni de resumir este trabajo, me gustaría darle un cierre poniendo de relieve, por un lado, de manera libre y personal, las perspectivas que se desprenden y, por otro lado, indicando ciertas pistas, algunas muy poco exploradas, que merecerían mayor reflexión. El objetivo general de nuestra intervención será el de encarar la catequesis como una operación de entrecruzamiento entre los relatos de la tradición cristiana y los relatos de la vida, todavía inacabados, de los catequizandos, de modo tal que su propia historia, en relación personal con Jesucristo, se transforme ella misma en una historia de la salvación siempre singular y siempre “por escribir” en el mundo y en la Iglesia.

Siguiendo la contribución de Monika Scheidler en este trabajo, comencemos por distinguir, antes de articularlos, los relatos de la tradición y los de la vida actual.

1. Los relatos de la tradición: de las fuentes de la fe, los hechos narrados.

La fe cristiana nace de lo que se escucha (Rom. 10, 17). Y lo que se escucha es primero y principalmente, un relato: un relato de los hechos relativos a Jesucristo que han sucedido en nuestra historia y que son narrados como una Buena Nueva para todas las personas y para todos los tiempos. La fe, desde este punto de vista, no parte de especulaciones sobre la existencia o la inexistencia de Dios, ni de consideraciones morales sobre los valores humanos que deben promoverse. Como bien lo ha mostrado Christoph Theobald en la presente obra, la fe encuentra su impulso y su punto de apoyo en los sucesos así como en la narración que sigue de los mismos. El comienzo del Evangelio de Lucas es ilustrativo a este respecto ya que subraya claramente la constitución narrativa del testimonio cristiano y del camino de fe: “Muchos han tratado de relatar ordenadamente los acontecimientos que se cumplieron entre nosotros, tal como nos fueron transmitidos por aquellos que han sido desde el comienzo testigos oculares y servidores de la Palabra. Por eso, después de informarme cuidadosamente de todo desde los orígenes, yo también he decidido escribir para ti, excelentísimo Teófilo, un relato ordenado, a fin de que conozcas bien la solidez de las enseñanzas que has recibido.” (Lc. 1, 1-4). La fe cristiana, como lo subraya este prólogo del Evangelio de Lucas, está anclada en los hechos que se desarrollaron entre nosotros: la historia de Jesucristo, lo que dijo, lo que hizo, lo que le sucedió y las narraciones de todo ello. Hubo testigos oculares. Convertidos en creyentes y servidores de la palabra, estos testigos transmitieron oralmente lo que vieron y oyeron. Lucas señala que fueron varios quienes compusieron las narraciones. Distintos puntos de vista sobre los hechos dieron lugar a una multiplicidad de relatos, lo cual supone un trabajo de selección, de interpretación, de composición, en suma una actividad literaria que se reconoce diversa. No se trata del hecho liso y llano sino del hecho transmitido, confesado, interpretado, releído en el seno de una historia global desde sus orígenes y dirigida a alguien, en este caso, a Teófilo, figura que representa al buscador de Dios. La narración está entonces, construida para dar sentido a los sucesos que acaecieron entre nosotros, para transmitir

¹ De “la dimensión narrativa de la catequesis”, AECA, PPC, 2011

la memoria y hacer posible una fe sólida e inteligente. La actitud del evangelizador consiste en entrar en comunicación con cada persona, trabar amistad con los demás en los caminos de la vida y, mientras camina, ser el narrador hermeneuta, a la luz de las Escrituras, de la figura de Jesucristo, de lo que se ha narrado acerca de esos hechos para abrir todavía hoy un camino de fe. Es esta, por otra parte, la actitud que, según el Evangelio de Lucas, asumió el mismo Jesús en el camino de Emaús luego de su resurrección: “Y comenzando por Moisés y continuando con todos los Profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a Él” (Lc 24, 27). Encuentro y hospitalidad, narración y reflexión, palabra y Escrituras, testimonio y enseñanza participan así juntos de un proceso complejo que hace posible el acceso a la fe.

Los Evangelios -la Buena Noticia de Jesucristo- ocupan evidentemente el primer lugar en la economía narrativa de la tradición cristiana. La catequesis está llamada a referirse a ellos prioritaria y asiduamente. Pero, dentro de esta economía narrativa, tienen un lugar también los otros escritos del Antiguo y del Nuevo Testamento. La Biblia entera constituye la gran narración de la historia de la salvación desde el primer momento de la creación hasta su conclusión en la nueva creación, en el Reino que vendrá. El *Credo*², la confesión de fe común de los cristianos, retoma la trama esencial. Subraya el fundamento trinitario y la centralidad del misterio pascual, de la muerte y de la resurrección de Jesús, Señor y Salvador. De este modo, la Biblia, en la perspectiva cristiana, es un gran relato único del cual el Credo expresa la trama fundamental. Pero bajo este telón de fondo que hace a su unidad, la Biblia presenta también una multiplicidad infinita de relatos particulares, de transformaciones, de pasajes de una situación a otra. Por lo tanto, la Biblia, dentro de su unidad y su coherencia global expresadas por el *Credo*, ofrece también un tesoro inagotable de cursos narrativos particulares que nunca se acaban de descubrir y recorrer.

Pero la economía narrativa de la tradición cristiana no se limita a la Biblia sino que engloba también la historia de la comunidad cristiana a través de los tiempos y las culturas, los testimonios de vida personal y comunitaria de aquellos y aquellas que nos precedieron en la fe. La historia cristiana es también una fuente inagotable de relatos, especialmente las historias de vidas de los santos. Los santos canonizados son cristianos y cristianas que han dado prueba notoria de una fidelidad ejemplar al Evangelio inspirando así la narración de sus vidas. La vida de los santos entonces es contada para que sirva como una “regla” (“canon” significa “regla”) en la que las personas puedan inspirarse con felicidad para construir su existencia siguiendo a Jesucristo en las circunstancias que les son propias. Desde los Hechos de los Apóstoles, pasando por los relatos de los padres del desierto, las *fioretti* de San Francisco, el relato del peregrino de San Ignacio hasta el martirio de Oscar Romero, la historia de la Iglesia misma, su acción en el mundo a través de los tiempos y las culturas, es un reservorio inagotable de relatos para escribir y contar. Está claro que esta historia tiene sus luces y sus sombras que pueden ser relatadas bajo la mirada inspiradora y la luz crítica del anuncio evangélico.

Concluamos este primer punto que buscaba recordar la constitución narrativa de la fe y nombrar los diferentes elementos que pertenecen al fondo narrativo de la tradición cristiana: la Biblia, en primer lugar los Evangelios, la historia de la Iglesia en el mundo, la vida de los testigos, en particular de los santos. Sobre el telón de fondo de la historia global de la salvación que expresa el

² Como lo subraya Christoph Theobald en su colaboración, las confesiones de fe que encontramos en las epístolas de Pablo o en los *Hechos* manifiestan también una estructuración narrativa.

Credo, estos elementos diversos, en distintos niveles, constituyen en conjunto el tesoro narrativo de la tradición cristiana. Es un tesoro abierto, disponible. La catequesis está invitada a servirse de él en abundancia.

2.- Las historias de vida actuales aún por “escribir”

Vayamos al segundo tipo de relatos que anunciamos: no ya los tomados de la tradición, sino los relatos de la vida actual. Nos referimos a las historias de las personas de hoy, en particular los interlocutores de la catequesis, que tienen su historia personal, todavía incompleta y siempre por “escribir”.

Lo sabemos, la identidad de cada uno/una es narrativa: nuestra historia nos moldea y nos da una identidad. El psicoanálisis nos enseñó a reconocer que cada uno y cada una está construido inconscientemente y, al menos parcialmente, determinado por los sucesos de la primera infancia y también, en mayor medida, por la novela familiar que entrelaza las generaciones. De este modo, tratar de formular nuestra identidad implica necesariamente hacer emerger recuerdos y situarnos en una historia. Algunos recuerdos, sin duda, se han perdido irremediamente o se han reprimido, aunque están siempre activos inconscientemente. “I can’t forget, but I can’t remember what” dice una canción de Leonard Cohen³. “No puedo olvidar, pero no recuerdo qué cosa”. Bella definición del inconsciente. Naturalmente podemos esforzarnos por reencontrar el hilo conductor - ¿será cierto que existe? - y reconstruir nuestra historia, al menos hasta tener una idea más o menos clara. Porque el hilo conductor de nuestra historia jamás se nos da de una manera absolutamente clara y unívoca. Felizmente, por otra parte. Esto significa que nuestra identidad, en realidad, nunca es fija e inmutable⁴, sino móvil, incierta, cambiante, múltiple incluso en nuestra mirada de las cosas o las lecturas que hacemos. Es decir, que la identidad de cada uno está siempre en construcción siguiendo el hilo de los acontecimientos, sean éstos provocados o padecidos.

Esta movilidad del sujeto sin embargo no es errática: está marcada por un rasgo de continuidad, ya sea del orden de la “mismidad”, es decir de la permanencia de ciertas características que nos permiten distinguir a ese sujeto de otros, ya sea del orden de la “ipseidad”, es decir, de la conciencia que el sujeto posee de sí mismo como persona única. En efecto, aunque el individuo esté sometido al cambio, aunque su identidad sea cambiante, aunque se perciba a sí mismo como un misterio indescifrable, sin embargo el sujeto tiene dentro de sí el sentimiento de llevar una trayectoria singular que lo hace un “yo” distinto de todo otro, en su relación con los otros. El nombre propio que cada uno recibe es, por otro lado, el punto de anclaje y la señal de esta permanencia sin la cual el individuo no podría tener una historia propia que llevar a cabo. Como bien lo ha mostrado en esta obra Denis VILLEPELET, relejendo a Ricoeur, esta historia del individuo no consiste en una seguidilla de acontecimientos sino que se trata de acontecimientos que son releídos y narrados. En este sentido, el relato autobiográfico no es sino descriptivo; participa en la

³ Leonard Cohen, *I can't forget*, Album *I am your man*.

⁴ Las identidades asesinas son precisamente aquellas que son fijas e inmutables, no toleran nada, excluyen y alimentan así las causas de conflictos violentos. Cf. Amin Maalouf, *Les Identités Meurtrières*, Grasset, Paris, 1998.

construcción del sujeto, en la elaboración de las percepciones que tiene de sí mismo, en el trazado de su trayectoria individual en el seno de una historia global que a su vez es también narrada.

3. La catequesis como entrecruzamiento de relatos de la tradición y relatos de vida

En el punto en que nos encontramos en nuestra reflexión, podemos preguntarnos por el proceso catequístico. Podríamos ofrecer la siguiente definición: la catequesis consiste en una estrategia destinada a ofrecer las mejores condiciones para que la historia de la salvación narrada y celebrada por la comunidad cristiana, se convierta para los catecúmenos en su propia historia de tal manera que su vida sea percibida, narrada y vivida como una historia de salvación, por su libre adhesión a la persona de Jesucristo.

En esta definición hallamos la problemática clásica de la correlación entre fe y vida. Pero en este caso la correlación está situada sobre un eje narrativo y consiste en proceder de un modo tal que el catecúmeno, si lo desea, pueda convertirse él mismo en actor, socio y protagonista hoy mismo, del relato que escucha o que está leyendo. En otras palabras, la estrategia catequística apunta a esto: que la historia de salvación narrada sea *presentada* a los catequizandos de un modo tal que la misma se les haga *presente* –es decir, “actual”- y que pueda ser recibida como un *presente* –o sea, un “regalo”, una “gracia”, una “Buena Noticia”- que reconfigure y transforme la vida de hoy en historia de salvación. Esto se aplica también, análogamente, a la liturgia, ya que está estrechamente ligada a la catequesis: la liturgia es una “representación” -en el sentido teatral del término- de la historia de salvación, pero es una re-presentación que la hace “presente”, que la actualiza a punto tal que los espectadores dejan de serlo para convertirse en los protagonistas, los actores y los socios de la historia que les es representada y en la que ellos pueden ingresar.

El punto decisivo en este proceso es evidentemente el momento en el que el sujeto consiente en que esa historia, en algún punto, esté unida a su propia vida hasta configurarla y hacer de ella, a partir de entonces, una historia vivida y narrada como una obra de salvación.

Este consentimiento es necesariamente libre. Ningún método catequístico (salvo que pretenda ser totalitario o manipulador) puede soñar en ser siempre exitoso. La catequesis debe aliarse siempre con la libertad. En este sentido, un nuevo creyente será invariablemente fruto de la gracia y de la libertad, no el producto de una campaña. El consentimiento, si es libre, también será un consentimiento razonado, de una razón que hace pensar, desear, de un modo amable, sin restricciones. En otras palabras, la tarea de la catequesis al narrar la historia de la salvación es la de hacer que la fe cristiana sea posible para las personas libres, haciéndola experimentar como plausible desde el punto de vista de la razón y deseable desde el punto de vista de las requerimientos de la vida personal y colectiva. “Plausibilidad” y “deseabilidad” de la propuesta cristiana señalan en este sentido las condiciones favorables para una práctica de fe libre.

El análisis narrativo de los textos bíblicos, como lo señala Augusto Barbi en su colaboración para este trabajo, ofrece recursos interesantes para pensar y favorecer el libre entrecruzamiento entre los relatos bíblicos y sus lectores. Una de las características de las teorías contemporáneas del relato es el haber puesto en relieve la actividad del lector como constitutiva de la significación de

los textos. El texto existe por su autor, pero vive por su lector. Es el lector, a través de su operación de lectura quien da vida al texto. Prolongando esta perspectiva, las teorías del análisis narrativo agregan que un relato dibuja siempre, de una manera u otra, la imagen de su lector potencial, el narratario o, en otras palabras, el *lector implícito construido* por el relato. El narratario no es el lector real sino la figura, dentro del relato mismo, de aquel a quien se le cuenta el relato⁵. Si el lector real acepta tomar el lugar del narratario -a quien está dirigido el relato- entra entonces en el juego del texto, se deja interpelar por el relato y se convierte en cierto modo en el protagonista. Así, el lector es invitado por el texto mismo a exponerse y entrar en el relato implicándose en él. “Es a él, dice Augusto Barbi en su contribución, a quien se le confía la tarea de medir la fiabilidad de los personajes y de sus acciones”.

Esta operación de implicación supone, naturalmente, una transferencia: se transfiere el mundo del lector dentro de aquél que es evocado por el relato y a la inversa. En el acto de lectura, el texto leído se desprende de alguna manera del contexto que lo produjo y se encuentra reactivado nuevamente dentro de un contexto distinto, el contexto del lector. Esta transferencia no consiste sin embargo en un simple “copiar/pegar”: el mundo del relato leído no es el mundo del lector que lo lee. Las páginas de un relato nos separan verdaderamente de lo que se narra. Por lo tanto, hay una diferencia infranqueable que perdura. Y, no obstante, se puede instaurar una comunicación sutil que, por un lado, hace que el lector no sea el mismo después de la lectura y, por otro lado, que el relato después de leído, se ha enriquecido con una nueva lectura que lo ha cargado de sentidos y efectos nuevos.

En esta visión, la catequesis se presenta como una “alquimia sutil” entre los relatos de la tradición y el relato de la vida, todavía en progreso. En efecto, podemos hablar de alquimia sutil porque nadie sabe muy bien lo que sucede o lo que puede resultar del encuentro entre tal relato bíblico y tal lector en tal situación de vida. La catequesis puede provocar el encuentro, animarlo, guiarlo, cuidar que se dé en las mejores condiciones, pero no puede prever ni dominar los efectos, a corto o a largo plazo. Lo que la catequesis puede preocuparse en hacer es que cada lectura de un relato de la tradición -bíblico o de otra clase- sea para el sujeto un “acontecimiento” que se inscriba en su propia historia y opere en ella los cambios que el individuo consienta que se produzcan aquí o allá. La pregunta que se le hace al lector es la siguiente: “¿Consiento en dejarme influir por el relato que leí? ¿Seguiré escribiendo mi vida sin tenerlo en cuenta o, por el contrario, me dejaré inspirar por él, dándole una posteridad tanto en mi memoria como en mi actuar?” Aquello que la catequesis puede esperar sin tener el dominio de esta situación, es que los catequizandos hagan que su vida sea una página de lo que a veces llamamos el “quinto evangelio”, aquél que los cristianos, al leer los cuatro primeros, se abocan a “escribir” o a “trasplantar” -es la misma palabra- en su propia carne. El estar trasplantadas en la vida hace que las Escrituras adquieran savia y sabor y que la vida misma se cargue de sentido. En esta operación de trasplante la vida se reescribe al mismo tiempo que el relato se reescribe. Así, la vida cristiana se convierte en una escritura: una escritura santa: “Evidentemente ustedes son una carta que Cristo escribió por intermedio nuestro, no con tinta, sino con el Espíritu del Dios viviente, no en tablas de piedra, sino de carne, es decir, en los corazones” (2Cor. 3, 3)

⁵ En el prólogo del Evangelio de Lucas citado más arriba, el narratario o el lector implícito es designado expresamente bajo el nombre de *Teófilo*, el buscador de Dios.

4. La catequesis organizada como un relato

Los tres puntos precedentes retoman a su manera las problemáticas evocadas en las distintas colaboraciones que componen esta obra. Se trataba esencialmente de considerar la catequesis como el encuentro de la tradición fundamentalmente narrativa de la fe cristiana con la vida de los catequizados para que ella pueda convertirse y ser experimentada como una historia de salvación. Pero acerca de este tema de la narratividad en la catequesis, existirían nuevas extensiones que no fueron consideradas en esta obra y que nos gustaría señalar brevemente ahora.

Una primera extensión consistiría en organizar a la catequesis, en lo que a ésta le sea posible, a la manera de un relato. Podríamos hablar, desde este punto de vista, de una pedagogía catequística narrativa, es decir, que no se trate solamente de una pedagogía que recurre al relato sino que ella misma esté articulada, estructurada, construida de manera narrativa.

Conocemos los trabajos ya antiguos pero que hicieron historia de Vladimir Propp⁶ y de Algirdas Julien Greimas⁷. Estos dos autores y otros que los siguieron se dedicaron a formular lo que podría llamarse una “gramática del relato”, es decir un conjunto de invariantes y de reglas que son necesarias para la conformación de una intriga narrativa y su desarrollo. Es así, por ejemplo, que Greimas considera el relato como el pasaje de una situación inicial a una situación final en tres pruebas sucesivas: la prueba calificadora, la prueba principal (o decisiva) y la prueba glorificadora. Esta secuencia puede expresarse de otra manera: una intriga tipo comporta un *hacer hacer* (un mandamiento – la definición de una tarea a realizar) un *deber, querer y saber hacer* (la adquisición de una competencia), un *hacer* (la realización de una performance) y un *saber hacer* (una sanción, una evaluación, un reconocimiento). En esta transformación aparece un cierto número de actantes que desempeñan funciones específicas dentro de un desarrollo narrativo: el destinatario que “hace hacer”, el héroe que se pone en busca de un objeto que falta, el destinatario a quien está destinado ese objeto, el oponente y el auxiliador que representan las energías que son obstáculo para el héroe o que, al contrario, lo ayudan en la realización de su misión. El objetivo no es desarrollar detalladamente aquí esta gramática del relato sino simplemente indicar que puede servir de ayuda para construir un recorrido catequístico como narración, con sus secuencias o etapas sucesivas, en el cual los distintos socios de la catequesis puedan entrar como actores. Organizar la catequesis a la manera de un relato es, por ejemplo, cuidar que se definan en conjunto los objetos de investigación o las tareas a realizar para que el deseo se ponga en movimiento y se proponga objetivos. Es demarcar las etapas que se atravesarán. También es proveerse de medios, de buenas informaciones, de puntos de apoyo o de pedidos de ayuda a los colaboradores para poder franquear esas etapas: la cuestión es equiparse correctamente, teniendo en cuenta los obstáculos que deben evitarse o superar. Luego viene la realización efectiva de las investigaciones y tareas establecidas. Ello demanda trabajo, un trabajo que no deja indemne al sujeto que accede a efectuarlo: lo pone a prueba y lo transforma. Y, finalmente, al término de un recorrido, viene la comunicación/difusión de los resultados de la investigación y de los frutos obtenidos.

⁶ *Morphologie du conte*, collection “Points”, n° 12, Seuil, Paris, 1970.

⁷ *Sémantique structurale*, Larousse, Paris, 1966.

Resumiendo, la narratividad en catequesis no es solamente apoyarse sobre el relato, sino también organizar la catequesis como un relato del cual los socios de la catequesis son sus actores. La catequesis está llamada así a ser una porción de vida dinámica que tiene lugar en la vida misma y que puede ser narrada.

5. El relato de la catequesis

Que la catequesis misma sea el objeto de un relato, que ella pueda ser narrada es, en efecto, otro aspecto más que merece nuestra atención. Como bien lo ha mostrado Monika Scheidler en su colaboración, la narración es una forma elemental de aprendizaje en la catequesis. Como la autora lo subraya, en la perspectiva socio-constructivista, para el sujeto contar la propia historia es una manera poderosa para llegar a él, cómo se ve a sí mismo y en relación con los otros. Precisamente, si se organiza la catequesis como un relato a lo largo del cual se producen un conjunto de transformaciones, ¿no es acaso importante invitar a los catequizandos a evocar estas transformaciones y hacer el relato? Lo hacemos tal vez espontáneamente cuando, por ejemplo, al comienzo de una sesión de catequesis se invita a los participantes a recordar la sesión anterior. En ese caso, se busca establecer un vínculo entre las sesiones para poder articularlas. Pero habría que sobrepasar este objetivo, que es ciertamente útil, yendo más lejos, al considerar la importancia de la aptitud para hacer memoria de lo vivido en la catequesis. Se trataría, de hecho, de aplicar a la experiencia catequística el principio de reflexividad o, si se prefiere, el principio mistagógico: aprender a partir de la experiencia, de lo que se ha vivido, esforzándose por hacerlo relato. Sin esto, los recuerdos de la catequesis y, sin duda, sus frutos serán a menudo efímeros. A este respecto, el relato de la catequesis tiene no solo un papel de fijación en la memoria sino también de una integración perdurable de los conocimientos en lo más profundo de las personas.

Asimismo, el desafío de la puesta en relato de la catequesis es que la persona logre la aptitud y el hábito de verbalizar, de poner en palabras su camino de fe de tal suerte que este camino de fe sea verdaderamente parte integrante de la biografía de la persona y de cómo se lo representa. Es también su aptitud para el testimonio, su capacidad para dar razón de su fe lo que se pone en juego.



Instituto Superior de Catequesis Argentino
PENSAR LA CATEQUESIS